

Fondo y Forma

Florencio Galindo, C.M.*

BIBLIA Y CATEQUESIS

I PUNTOS DE VISTA PREVIOS:

1.1. Terminología. Sin desconocer la distinción, todavía en uso en algunos medios, entre **evangelización** como anuncio del mensaje cristiano a los paganos, y **catequesis** como instrucción sistemática a los de casa, emplearé aquí los dos términos como sinónimos, entendiendo por catequesis no la transmisión de conocimientos relativos a Dios y al orden sobrenatural, sino la iluminación de la realidad humana concreta del catequizando a la luz del Evangelio (GS 92). Y por Evangelio entiendo no precisamente el anuncio de determinadas proposiciones, sino el de la obra de Dios en la historia humana a través de Jesucristo, con la riqueza de facetas que de éste ofrece el Nuevo Testamento.

1.2. La tarea evangelizadora y su objetivo deben responder al **papel específico de la Iglesia** en la sociedad. Esta, como el antiguo Israel, fue llamada a la existencia como el objetivo particular de ser "como un sacramento o señal e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano" (LG 1). Como tal, está compuesta por aquellos que, unidos en Cristo por su Espíritu, aceptan conscientemente la **vocación** de encarnar y proclamar socialmente lo que todos los hombres deben llegar a ser, **hermanos**, ayudando así a los hombres a que "percibiendo más claramente su vocación íntegra, conformen más el mundo con la excelencia de la dignidad humana, deseen la fraternidad universal más profundamente cimentada y, llevados del amor, con esfuerzo generoso y asociado, respondan a las más urgentes necesidades de nuestra época" (GS 91).

* Licenciado en Teología; Licenciado en S. Escritura por la Pontificia Comisión Bíblica; Especializado en Catequesis Bíblica, Viena; Profesor en la Universidad de Santo Tomás y en el Instituto de Teología para Laicos, Universidad Javeriana, Bogotá.

1.3. Por consiguiente, el ser miembro de la Iglesia no guarda primordialmente relación directa con la idea de salvación o condenación, sino con la elección o no elección a esta vocación especial de ser un signo, un pueblo que da testimonio: luz, fermento y sal (Mt 5,13-16). La elección de Israel, y luego de la Iglesia, por parte de Dios, no implica el rechazo del resto de la humanidad. En cuanto el cristianismo deje de cumplir su función, Dios provee a la humanidad con otros medios, aunque menos claros. Es más: dada la situación actual de minoría y marginalidad en el mundo, la Iglesia no es el medio ordinario, sino el medio extraordinario de salvación.

Esto debería hacer pensar a todo evangelizador que la meta próxima de su tarea no ha de ser ganar conversiones individuales, sino crear una comunidad de fe, cuyos miembros sean conscientes de que tienen una misión específica en la historia y en la sociedad. En otras palabras: hacer nacer el "sacramento universal de salvación" (LG 48); instrumento principal para "hacer nuevas todas las cosas" en Cristo (Apoc 21,5), que es en definitiva la función de la "palabra de Dios", viva y operante (Hebr 4,12).

II. DIAGNOSTICO

2.1. Se reconoce a nivel oficial que en nuestro continente y en nuestro país la catequesis no ha logrado encontrar el camino justo para cumplir eficazmente su tarea: "El contenido de la catequesis sigue siendo aún demasiado conceptualista, muy alejado de las realidades vitales de los alumnos y con una dispersión tal de conocimientos que no facilitan una visión sintética del mensaje y del compromiso

cristiano que impone... El contenido del mensaje que presentamos **no es evangelizador**" (Iglesia ante el cambio, 233s).

2.2. Esto pone en tela de juicio toda la actividad de la Iglesia entre nosotros, porque "educar la fe de las jóvenes generaciones de hoy, es el aspecto **fundamental** de la tarea de la Iglesia. Fallar en esto sería traicionar a la vez al hombre, al que ella debe dar la salvación, y al Evangelio que ha recibido..." (Séptima Semana Internacional de Catequesis, 1968).

2.3. Hasta qué punto esta falla reconocida en la tarea fundamental de nuestra Iglesia no guarda relación con la situación contradictoria de nuestro país, el cual, pasando por uno de los más católicos numéricamente, presenta tan alarmante grado de criminalidad, inmoralidad administrativa y privada, irresponsabilidad ausencia del más mínimo respeto por la vida y derechos ajenos, hasta el punto de poder decirse que tal es el ambiente predominante en el país? Es cierto que en ello juegan papel otros factores, como el subdesarrollo, la migración masiva a las ciudades, la ignorancia. Pero cabe preguntar hasta qué punto esta realidad responde al concepto de un país "católico".

2.4. Si nos preguntamos por las causas de este fracaso práctico en la obra evangelizadora, se darán, desde luego, diversas explicaciones según la mentalidad en que cada cual se haya formado y el concepto que se tenga de Iglesia, fe, cristianismo. Las voces más autorizadas reconocen las siguientes, por lo que toca a nuestro medio:

- a) Hasta ahora ha prevalecido una pastoral de conservación, basada en la sacramentalización (Medellín II, 6, 1).

- b) En la tarea evangelizadora se ha partido del supuesto de que los catequizandos, alumnos de las escuelas y adultos, son ya cristianos por el hecho de ser bautizados (Séptima Semana de Catequesis, 1968).
- c) La evangelización ha sido ante todo una "enseñanza", o sea, la comunicación de conceptos religiosos, no el colocar al hombre frente al acontecimiento "Jesucristo": esto ha dado por resultado que lo que hemos ofrecido en la catequesis, sencillamente no es evangelio: "el contenido... no es evangelizador" (Iglesia ante el cambio, 233 s).

2.5. ¿Ha cambiano la situación radicalmente en los años siguientes a los documentos citados? De no ser así, sigue siendo urgente revisar toda nuestra tarea evangelizadora, sin desconocer que a nivel de grupos minoritarios, tanto en escuelas como en comunidades parroquiales, existen ya en marcha valiosas iniciativas, que apoyadas y difundidas pueden llevar a un cambio considerable. La catequesis debería cancelar ya definitivamente el mito de nuestras "mayorías católicas".

2.6. Con este diagnóstico no se quiere culpar a nadie. Es simplemente un esfuerzo por tomar como punto de partida de nuestras reflexiones una situación objetiva. El estudio del problema y la búsqueda de soluciones es, sin duda, tarea compleja y fatigosa. Aquí nos toca investigar sólo el papel que corresponde a la Biblia en esta tarea, siendo como es ella el "alma de la teología" (DV 24), y por tanto la brújula de toda la obra catequística a todos los niveles, incluso para el Magisterio, que no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio (DV 10).

Nuestras reflexiones van encaminadas:

- a) a examinar el papel que se ha dado al uso de la Sagrada Escritura en la catequesis "tradicional", entendiéndose por tal aquélla que ha resultado "no evangelizadora";
- b) a sugerir el puesto que debe ocupar en otra alternativa.

III FUNCION DE LA BIBLIA EN LA CATEQUESIS TRADICIONAL

Sobre la función que se asigna a la Biblia en la teología, catequesis, predicación y otras actividades de la Iglesia, se reconoce hoy este estado de cosas: a) falta mucha información exegetica; y b) falta elaborar y asimilar la que se posee. En otras palabras: se ignoran muchas conclusiones fundamentales, ya prácticamente indiscutibles, a que ha llegado la ciencia bíblica de los últimos años, y aun muchos que las conocen siguen haciendo teología, catequesis, predicación, etc., como si tales conclusiones no existieran...

Prescindiendo aquí de los problemas propios de la catequesis en las escuelas, fijemos la atención de la catequesis a nivel de comunidad parroquial, con un sacerdote que podría llamarse de mentalidad posconciliar y preocupado por hacer una pastoral renovada, "moderna".

Si analizamos lo que suele ser el proceso de evangelización en una comunidad de tal índole, podemos señalar los siguientes pasos:

3.1. Educación doctrinal.

La primera preocupación del pastor recién llegado suele ser la de superar la

ignorancia que prevalece entre los parroquianos. El parte del supuesto de que existe ya una comunidad de fe; sólo que tiene aún una fe "defectuosa", poco ilustrada. Se propone entonces como objetivo primario de la evangelización el transmitir mayor "información" proclamar más en voz alta las verdades de la fe, para así "reunir en la unidad a los hijos de Dios dispersos" (Jn 11, 52), que son el fundamento de la Iglesia" (AG. 6).

A tal objetivo, que en este caso oriente todo el programa evangelizador habría que hacer las siguientes observaciones:

a) Se impone revisar el concepto de fe, que no es sólo el reconocimiento de Dios que se revela en Cristo. la aceptación de su kerigma (Rom 10, 17) y la sumisión al camino de salvación dispuesto por Dios, sino que incluye además el compromiso de sí frente a la misión de Cristo: la fraternidad de toda la humanidad, iniciada en Cristo (2 Cor 5, 18; Rom 8,29). En consecuencia, el asentimiento de fe es un acontecimiento que crea una comunidad, y no solo un proceso abstracto, individual y mental. Es, en otras palabras, llevar a efecto esa completa "humanización", o sea, todo lo que Dios pretende para el hombre en cuanto hombre (Rom 1, 16s; 3, 27s; Gal 2, 20; Hebr 11, 6). La tarea de crear la fraternidad en atención al "Padre" común, Dios (Rom 8, 15; Ef 4,6), es tanto más tarea característica de la fe, cuanto los seres humanos no son por naturaleza hermanos. Fraternidad es algo más que la relación de los hombres entre sí como miembros de una misma especie: como tales, son competidores, cuando no enemigos unos

de otros, con excepciones que raras veces sobrepasan los límites de la aldea, el clan o grupo.

"Ser cristiano significa ser hombre" (D. Bonhoeffer), ser ese sujeto "completo, libre, adulto que Cristo quiere hacer de nosotros", es decir, saberse abierto no solo a la naturaleza que lo rodea (en que la regla es: cada uno para sí), ni simplemente al mundo de los derechos del hombre (en que la regla es: a cada cual lo suyo), sino al medio divino, el único que verdaderamente puede crear una "esfera humana" (J.A.T. Robinson, *La difference du Chretien aujourd'hui*, París 1974, pag. 32).

b) La existencia de estructuras eclesiales y de prácticas litúrgicas no garantiza que la Iglesia se halle ya plenamente presente. Mientras no surja una "comunidad fraterna" primaria (GS 32; AG 3; Act. 2,42-47), y ésta haya desarrollado las estructuras, ministerios y ministros necesarios para cumplir su misión, "la Iglesia no está aún verdaderamente fundada, no vive plenamente ni es un signo perfecto de Cristo en la tierra" (AG 21). A esto llega sólo cuando sea el signo concreto de que "el abrir a todos los hombres los caminos del amor y el esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas vacías de contenido" (GS 38). La radicalidad de las comunidades eclesiales locales deben ser visibles al mundo en forma de relaciones interpersonales de sus miembros: su igualdad esencial (1Pe 2, 17; LG 32), en virtud de la cual se reparten las responsabilidades (Rom 12, 6ss) y cada uno tiene voz y voto

para determinar la política a seguir (Act 15; Ef 4, 16; LG 37).

Las **estrategias** que se escogen para lograr el objetivo de la educación doctrinal suelen ser:

3.1.1. La **renovación litúrgica**, haciendo de la misa dominical el instrumento principal de tal educación, dado que allí es donde se reúne más gente. Se escogen temas doctrinales que coinciden con las lecturas del día. Pero, se impone preguntar aquí: si el objetivo inmediato es la **educación y formación**, ¿esto no requiere **métodos pedagógicos** más apropiados, que incluyan grupos de discusión, el uso de medios audiovisuales y el diálogo abierto: cosas todas que faltan en la liturgia dominical?

Es más: la liturgia no debe ser el **punto de partida** de la evangelización, sino la respuesta que una comunidad de fe da, una vez que adquiere conciencia de su relación con Dios y con la comunidad, con la sociedad: "para que los hombres puedan llegar a la liturgia, es necesario que antes sean llamados a la fe y a la conversión" (SC 9). Es cierto que las celebraciones eucarísticas tienen también una función pedagógica, pero ellas exigen la existencia de un compromiso fundamental de fe, sin el cual resultan difíciles de legitimar. Esta condición ha llevado a formular el principio: "Es contradictorio esperar que la liturgia normal cumpla la función de la evangelización (R. Delaney, *Pastoral Renewal in a local Church*, Münster, 1973).

3.1.2. **Formación de catequistas**, hecha frecuentemente fuera de sus propias comunidades, que carecen de centros de formación. Tales catequistas suelen ser luego rechazados en gran parte por el pue-

blo, por alienados de él o acaban por hacer de su ministerio una "profesión". Los catequistas deben formarse dentro de la comunidad, tener el carisma de guías, y ser en consecuencia reconocidos por los miembros de la comunidad.

3.1.3. **Conferencias bíblicas y programas de distribución de biblias**. El núcleo del primer llamado a la fe debe ser el "kerigma apostólico", que es el anuncio de la "Buena Noticia" (Rom 10, 17). Pero esto es esencialmente distinto de "hacer leer la biblia". Conferencias didácticas que no se ocupan del kerigma, así como proyectos de distribución de biblias, no deberían nunca entrar en la fase inicial de la evangelización. La palabra escrita fue compuesta para comunidades de creyentes, no para extraños y normalmente presupone una disposición inicial de fe.

Es más: siendo la palabra de Dios a un mismo tiempo palabra y acontecimiento, el anuncio del kerigma de este llamamiento a la fraternidad es incompleto sin la comunidad de fe en que tal fraternidad se realiza: Ambos elementos son inseparables en el núcleo del llamamiento inicial a la fe. Existe la experiencia constante de que las "campañas para llevar la biblia a cada adulto", cuando se sitúan en la etapa inicial de la evangelización suelen llevar a este doble resultado: a) los que reciben así la palabra de Dios, no la aprecian y la olvidan pronto; b) el cristianismo se entiende en forma individualista, casi como una devoción privada entre el individuo y Dios.

Como se recalcará en la cuarta parte de este trabajo, las conferencias bíblicas destinadas a comprender y profundizar los modos de pensar y hablar propios de la biblia, y su origen y desarrollo, como ayu-

da para facilitar su lectura, tienen lugar apropiado sólo en una fase ulterior de la evangelización, una vez que el contacto con el kerigma, por la Escritura y la experiencia directa, haya llevado a la gente a una actitud inicial de fe con el correspondiente compromiso.

3.2. Promoción socio-económica:

Suele ser éste el segundo objetivo, y se concreta en diversas iniciativas: fundación de cooperativas y cajas de crédito, construcción de escuelas y otras obras de utilidad común. Son todos estos programas conformes con el mensaje cristiano de fraternidad corresponsable, o consecuencia de él, y por tanto elementos del proceso global de evangelización (Mt 5, 16; 1 Cor 10, 31ss). Sin embargo, tales iniciativas suelen adolecer de falta de integración dentro del proceso evangelizador, y su origen unilateral hace tales iniciativas en cierta manera ambiguas, o peor aún, las convierte en sustitutos del "misterio de Cristo" (Ef 3.4).

Hay, en efecto, misioneros que, bien sea porque se avergüenzan de hablar directamente de Dios, o por falta de fe en el poder transformador de su palabra (Hbr 4,12), comienzan con un programa de "pre-evangelización" a fin de ganarse la confianza de los no creyentes y de "disponerlos" para recibir el Evangelio. Creen necesario "humanizar" y organizar a sus oyentes antes de llamarlos a la fe... Puede ser ésta una forma sutil de neopelagianismo...

Para que dentro del proceso de evangelización el aspecto del desarrollo de la comunidad sea "salvífico", debe estar orientado hacia la humanización integral,

hacia todo lo que debe llegar a ser el hombre, y no sólo hacia su progreso físico o económico. Tal proceso exige que el pueblo participe íntegramente en la creación de su nueva sociedad, y que ésta sea en definitiva el resultado de una transformación interna de los individuos que la componen. Esto no significa en ningún caso que el evangelizador se pueda contentar con el solo elemento interno. Esto sería desconocer los "signos de los tiempos" (Mt 6,3; GS 4), o sea: "las aspiraciones" (AG, 8), "los esfuerzos de aquellos que luchan por mejorar sus formas de vida", que con frecuencia son los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios" (GS 11).

Conclusión

Una evaluación del plan de catequesis antes descrito haría ver las siguientes fallas fundamentales:

- a) El punto de partida ha sido el supuesto de que se cuenta ya con una "comunidad cristiana", por el hecho de que la mayoría de los parroquianos son bautizados.
- b) El objetivo general de plan no está definido en términos de implantar el "Reino de Dios", que es el corazón de la propia misión de Cristo (LC 8,1), sino es muy limitado: la renovación de la comunidad eclesial. Como si ésta fuera en sí un fin. "La constante reforma de que tiene necesidad" (UR 6), la Iglesia no puede realizarla fuera del contexto de la "sociedad humana" concreta, en la cual la Iglesia se supone que tiene la función de "levadura", en atención a la masa, no a sí misma. La Iglesia no es el "Reino de Dios",

sino un pueblo peregrino" (AG 2), que "avanza constantemente hacia la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios" (DV 8), en actitud de servicio al mundo para "hacer más humanas la sociedad y la vida humanas" (GS 40). Este contexto socio-histórico es el punto de realización de la Iglesia, y el único en que ella puede encontrar su verdadera identidad. También el pueblo de Dios tiene que buscar ante todo el "Reino".

- c) Una actitud paternalista de parte del párroco, reflejada en las **estructuras centralistas** que surgen del plan, refleja a su vez el **método deductivo** que en él se usa. El papel del evangelizador ha de ser el de estimular a los individuos que no tienen voz propia ni identidad para hablar, a que descubran **inductivamente** su nueva identidad y la variedad de dones dados a ellos por el Espíritu para construir el Reino de Cristo (1 Cor 12; Rom 12, 4-8; AA 30).

IV. UNA ALTERNATIVA

El análisis del plan anterior hace necesario formular de nuevo los objetivos y prioridades y crear, junto con el pueblo, nuevos programas de evangelización. Propongo como base de reflexión el enfoque que, a grandes líneas, inspira el plan de evangelización de no pocas comunidades de base de nuestro continente, y que la Federación Mundial para el Apostolado Bíblico querría lanzar como sugerencia útil para la evangelización de nuevas comunidades(1).

(1) cf. Robert Delaney, *Pastoral Renewal in a local Church, Münster 1974. Evangelization a Case Study, Stuttgart 1974.*

D.S. Amalorpavadass, *Evangelization of the modern world Bangalore 1975.*

4.1. Objetivo último

El objetivo último, a la luz del cual deben juzgarse todas las actividades, formas y estructuras subsiguientes del plan, debe determinarse no simplemente en función de la Iglesia, sino del "Reino de Dios", entendiendo por tal el completar el acto creador de Dios mediante la reunión de sus hijos dispersos (Jn 11,52) para formar una "nueva comunidad fraterna" (GS 33). Esta sociedad estructurada fraternalmente, la nueva era anunciada en la persona de Cristo (Jn 18, 36s), es una manera de vida específica, cuyas exigencias crecen y se precisan con una conciencia creciente de la comunidad, y requieren continua adaptación.

El mensaje cristiano en estos términos anuncia "un nuevo humanismo, en el que el hombre queda definido principalmente por su responsabilidad con sus hermanos en la historia" (GS 55). El reino de solidaridad, ya inaugurado en Cristo (Lc 17,21), pero aún escatológico en su realización total (LG 9), es una realización que se considera debe hallar expresión en todos los aspectos de la sociedad actual (AG 12). Como tal, este reino comprende por igual a cristianos y no cristianos, pero la **Iglesia** tiene ahí la función de ser el símbolo más eminente y el principal instrumento para promoverlo. Así, la evangelización resulta ser el esfuerzo por dar existencia a un "pueblo mesiánico" (LG 9) empeñado en hacer desaparecer "todo fundamento de dispersión para que todo el género humano sea atraído e la unidad de la familia de Dios" (LG 28).

4.2. Meta inmediata

Fijado el objetivo anterior, la meta inmediata es el crear agrupaciones de los fieles que quieran marchar en forma digna de la vocación a la cual fueron llamados y ejercer la tarea sacerdotal, profética y real a ellos confiada (AG 15). En la práctica, esto implica la creación de comunidades básicas de fe, cuyos miembros se entienden a sí mismos como "llamados más urgentemente a salvar y renovar toda creatura" (AG 1), como "fermento de fraternidad y de paz" (AG 8).

4.3. Función de la biblia

En un plan de evangelización así concebido, como llamamiento a la plena humanización en Cristo, la función de la biblia es múltiple y parece responder mejor a las pautas señaladas por la Constitución "Dei Verbum".

Se pueden distinguir tres etapas:

4.3.1. Primera etapa: contacto inicial con el Kerigma: comprende:

a) la **denuncia profética** de muchas formas de idolatría (1Tes 1,9) en la sociedad, que esclavizan y deshumanizan, y son por lo mismo opuestas a la voluntad de Dios. Hay que ponerlas de manifiesto hasta colocar a la gente ante una decisión. Se busca así "desmitologizar" a la sociedad en su concepto deformado de la vida y en el concepto que se ha formado de lo que significa ser cristiano. Mediante un procedimiento **inductivo**, se lleva a los presentes a que describan objetivamente lo que ellos mismos ven ("catequesis situacional"): discriminación, pobreza, injusticia, etc.

Luego se les pide que analicen las actitudes, relaciones y otras causas humanas de tal situación (egoísmo, avaricia, abuso de poder, etc.), tratando de descubrir el **pecado** ante todo como **relaciones deshumanizantes**, y estas como la causa fundamental del sufrimiento en el mundo. Finalmente se incluyen en la discusión las actitudes y actividades propias de los participantes, para que descubran hasta que punto ellos también contribuyen a esta situación de injusticia. Es, después de todo, la metodología implícita en el uso de las parábolas de Jesús (Cf. Mt 21,45).

Al descubrir este aspecto inhumano de su realidad social mediante su propia consideración inductiva, y no en forma deductiva (p.e. escuchando las conclusiones de otros), los participantes aprenden a ser proféticamente críticos de sí mismos y de la sociedad, y al mismo tiempo ganan confianza en su propio juicio, que es otro factor imprescindible para la maduración. Cuando este proceso se convierte en diálogo, esta gente comienza a hablar y a formar por sí sola opiniones definidas, llegando poco a poco a ponerse de acuerdo. Esta experiencia les hace ver el status que no es absoluto ni necesariamente humano. Esto da el fondo sobre el cual se hace posible reconocer la presencia de Dios activa en la comunidad.

b) **Una investigación, también inductiva, de las Escrituras** (Jn 5, 39): En ella se examinan temas y situaciones paralelos a los de los diálogos, destacando sus aspectos inhumanos. Se da así una nueva perspectiva a la realidad local, en cuanto se la pone de manifiesto para incorporarla en el proceso de la historia de salvación,

revelado en los acontecimientos sucedidos desde Abraham hasta los apóstoles, y que convergen en Cristo. Los individuos que dialogan, experimentan que su situación, lejos de ser desesperada, se incluye en la redención, y que Dios mismo se ha comprometido en su liberación y humanización.

Para que estas consideraciones no se queden en la teoría, durante la reunión misma se invita a los participantes a compendiar y expresar en palabras propias el núcleo de la discusión. A esto se puede hacer seguir una resolución para emprender una actividad práctica encaminada a cambiar lo que ellos mismos han juzgado que es deshumanizante. Los resultados de tales iniciativas se exponen luego en la próxima reunión. Es así como los individuos adquieren conciencia de ser **sujetos responsables** de su historia y de su sociedad, y llegan a reconocer la mutua solidaridad. Esto, junto con la concientización general respecto de las fuerzas e influencias que dominan sus vidas, provoca gradualmente una " crisis " de fe, que exige una decisión-conversión a cambiar la orientación básica de su vida, pasando del egocentrismo a Cristo que actúa dentro de la situación histórica en que ellos se encuentran.

Esta " metanoia " es tanto individual como social: **individual**, porque reconoce la fuente del mal en el pecado (Gen 3; Rom 5,12) y exige la inversión de las prioridades, aspiraciones, valores, etc. de cada uno; y **social**, en cuanto lleva a descubrir a Cristo a través de la sociedad y en el seno de ella como presente activamente para completar su misión.

Seguramente las iniciativas individuales de los participantes llevarán a cierta sensación de **frustración** ante la impotencia de cambiar su sociedad con esfuerzos individuales aislados. Se provoca entonces la cuestión de hasta qué punto el mensaje de solidaridad y mutuo respeto que ellos proclaman no se identifica con el compromiso por crear una comunidad fraterna que viva efectivamente esa realidad. Esta experiencia llevará por etapas a la segunda fase del programa: la proclamación de la vocación divina a crear bajo la guía del Espíritu Santo una comunidad conforme y unida a la Iglesia apostólica, en la cual se realice de plena fraternidad (Gal 3, 28). La evangelización aparece en esta etapa no como cuestión de multiplicar nuevas organizaciones y movimientos, sino de crear comunidades eclesiales.

4.3.2. Segunda etapa: proclamación de la comunidad apostólica.

A los que cumplan la primera etapa, que puede exigir varios meses, se les invita a participar en la segunda. El proceso, también inductivo, sigue el modelo básico de la primera etapa, excepto en que el punto de partida suelen ser ahora **temas bíblicos**, aunque siempre en relación o en contraste con las condiciones sociales existentes (Mt 5,43-48). Con esto los participantes son invitados a descubrir los motivos, estructuras y modos de vida del pueblo de Dios, así en el A. como en el N.T., y sus relaciones con Dios.

De esta confrontación surgirá la imagen del Israel viejo y nuevo, que progresa en su conciencia de la participación personal e histórica de Dios en su desarrollo

en cuanto pueblo escogido. El Nuevo Testamento hace ver el proceso de formación de los "seguidores del camino" (Act 9, 2), particularmente en sus relaciones con Dios, con la sociedad y de unos para con otros. En cuanto comunidad de hermanos (Act 9,30), ellos aceptan conscientemente la vocación de comenzar una nueva existencia de "éxodo" como pueblo escogido (Col. 3, 12). Ponen entonces en marcha una serie de estructuras y ministerios en conformidad con la conciencia creciente de sí mismos, e institucionalizan así su forma propia de vida.

A la par de este crecimiento, la pequeña "secta de nazarenos" (Act 24,5) rompe sus fronteras nacionalistas originales (Act 11,19s) y adquiere horizonte "mundial" (Act. 10), manteniendo al mismo tiempo el vínculo de la fe y la fraternidad mediante un "Colegio apostólico" (LG 22). La colegialidad es la garantía estructural de que los impulsos que nacen del *sensus fidei* no degeneran en actitudes de secta o gueto. Estas deben someterse al "colegio apostólico", que refleja el *sensus fidelium* a lo ancho y largo del mundo.

Conclusión

El resultado de la segunda etapa es crear una conciencia nueva con estructuras correspondientes, que sirvan como de alternativa crítica frente a la sociedad "anormal" comprobada en la primera etapa. La característica predominante de esta comunidad básica de fe es la de ser una "comunidad fraterna de fe" (Act 4, 32; Rom 15,6), una especie de "destello del signo nuevo" (GS 39; Fil 2, 12ss). Al multiplicarse, estas comunidades eclesiales forman

como una red, y entre los diversos líderes que surgirán de ellas se irá formando el núcleo sólido de renovación eclesial y social.

Es cierto que la existencia comunitaria de la "micro-Iglesia" tiene valor de evangelización para los que entran en contacto con ella, pero no se deben agregar nuevos miembros que no hayan pasado por cada etapa del proceso de evangelización. Las razones son:

a) la conversión no se debe nunca presumir, ni se la debe confundir con el entusiasmo por el estilo de vida de la comunidad. Mucha gente puede sentirse atraída a éste simplemente a causa de su propia soledad, de su necesidad. Pero esto no es suficiente, ya que la meta última de la conversión es el "reino", no la Iglesia, y esto implica más que un compromiso eclesial.

b) Si la evangelización se hace primordialmente por agregación a la comunidad eclesial, puede caerse fácilmente en la absolutización de las formas, estructuras y representantes de la autoridad existentes, y sofocar nuevos impulsos carismáticos. En cambio, cuando se fuerza a los candidatos a investigar en el sentido de la Palabra en el contexto de la situación inhumana que los rodea, ellos descubren su propia complicidad y sienten más radicalmente el llamado a crear una alternativa de fe, incluyendo la activación de los propios carismas destinados a construir la comunidad

Los diálogos correspondientes a la segunda etapa, más que los de la primera van acompañados de diversas formas de expresión, como celebraciones paralitúrgicas, según el grado creciente de concien-

cia y compromiso de los participantes. En muchos lugares la Eucaristía no se celebra hasta el final, cuando ya existe amplia conciencia de una entrega equivalente y un deseo de renovar la Alianza.

4.3.3. Tercera etapa: Formación y especialización continúa.

La segunda etapa deja como uno de sus resultados la conciencia de **necesidades pastorales** complementarias, que requieren estructuras y ministerios correspondientes. A esto se provee con programas sistematizados de **formación continuada**, "en orden a apacentar el pueblo de Dios y acrecentarlo siempre" (LG 18). El contexto de este programa de enseñanza sistemática, como contraparte del kerigma elemental (Hebr 6, 1s), exige de manera especial incluir la catequesis de adultos, **conferencias bíblicas**, historia de la Iglesia, etc. El encuentro inicial con el kerigma y la proclamación a través de la comunidad fraterna son aún los "principios elementales", la "leche" (Hebr 5, 12s), destinados a aquellos adultos que aún no creen en las "realidades que aún no vemos" (Hbr 11,1). La catequesis sistemática, en cambio, es "la comida sólida para los adultos, que ya saben juzgar porque están acostumbrados a distinguir entre lo bueno y lo malo" (Hebr 5, 14).

Paralelamente a la catequesis sistemática se impone en esta etapa la necesidad de **cursos de entrenamiento especializados**, destinados a equipar a los grupos más capaces y expertos para los ministerios dentro de la comunidad y para la misión hacia fuera, de suerte que "la nueva comunidad cristiana se desarrolle en Iglesia local, la cual, a su debido tiempo,

sea regida por un pastor propio y su clero" (AG 32).

Los cursos que se desenvuelven a lo largo de varios años, preparan a algunos hombres y mujeres para dar conferencias pre- y posbautismales a padres de familia, instrucciones prematrimoniales, y a otros para ser lectores y coordinadores de la liturgia. Algunos miembros dedican más a un apostolado "especializado" (enfermos, moribundos, juventud, familias). Fuera de ello, algunos equipos misioneros se preparan para llevar las dos primeras etapas (encuentro inicial con el kerigma y proclamación a través de una comunidad) a vecindades o pueblos no evangelizados.

De esta amplia incorporación de los parroquianos surge el concepto de un sacerdocio corporativo, dentro del cual los diversos y variados ministerios se reparten entre diferentes individuos con carismas apropiados. Esto no hace superflua en ninguna forma la necesidad del sacerdocio jerárquico. Por el contrario, estos ministerios carismáticos funcionan como una exigencia existencial de que se confieran las órdenes a algunos de sus miembros (LG 10; AG 16), para que se mantenga el equilibrio entre las estructuras de **renovación** y las estructuras de **continuidad**. Las unas no deben nunca suplantar a las otras. Además, incorporada la formación de los futuros ministros a las actividades de la comunidad local, el sacerdocio se entiende siempre, no como una entidad que existe por y para sí misma, sino como estructura integral de la comunidad y dentro de las perspectivas de ésta.

Llegados a esta fase de evangelización, ya no se podrá hablar de los pueblos como de "misión", sino como de "Iglesia local".

Conclusión

Los cristianos que han pasado por el proceso de evangelización aquí descrito, y que en él han asimilado las tradiciones cristianas dentro de su propio contexto histórico-cultural, son cristianos que se comprometen en una solidaridad de fe (‘‘ comunio’’), celebran esta realidad en la palabra y el sacramento (liturgia), la proclaman por medio de la evangelización formal (testimonio) y profesan su fe en el plan revelado de fraternidad universal, dedicándose (servicio) a ‘‘hacer más humana la familia humana y su historia... repudiando toda forma de esclavitud... proclamando la dignidad y derechos de todos..., dando testimonio de Cristo en to-

das las cosas en medio de la sociedad humana’’ (AG 40-43). Para ellos la ‘‘tradicción’’ cristiana es una ‘‘misión’’, la participación de la fraternidad revelada con toda la humanidad.

Por su parte, el papel de la biblia queda bien definido: es la base y ‘‘norma normans’’ de toda la catequesis, pero su empleo no degenera en campaña por poner la biblia en las manos de todas ni en la costumbre de apoyar en textos bíblicos, generalmente por simple acomodación, cuanto se dice o se hace en la Iglesia. Tampoco se incurre en el justo reproche de que al utilizar la biblia se resulta hablando en un lenguaje y de problemas que no son los nuestros.